

con el atrevimiento: esa tal merecía que su esclavo le hiciera ver cuán hombre era á despecho de la servidumbre. — Eso se hubiera querido la pazpuerca, respondió Sancho; ¿por qué piensa vuesa merced que lo hacía? — Que esa dama no fué la diosa del pudor, dijo D. Quijote, ya se deja conocer; ¿mas por dónde vienes á descubrir en ella un propósito depravado? Di que ese descoco fué obra maestra de soberbia, y no columbres allí una treta de la deshonestidad. La esclavitud mata el alma, estoy con esa antigua; y encarezco el punto afirmando que la sepulta en el cieno. — No vayan vuestas mercedes á pensar, dijo el hombre del estornudo, que soy tan libre en las otras cosas como en el estornudar: yo sé cuándo y dónde pago sus tributos á la naturaleza.» El bachiller Sansón volvió á tomar la palabra y dijo: «Yo, señores, soy de los que vierten lágrimas en la mesa, cual otro Isidoro Alejandrino, al considerar que la parte noble del hombre, el destello divino que le anima, esta substancia impalpable é invisible, no puede existir en nosotros sino mediante las necesidades y funciones terreras de la carne. ¿Qué será respecto de los hechos que, sobre ser materiales y poco decentes, son también vergonzosos? La urbanidad es madre de la estimación: no es dable apreciar ni querer al que se vuelve repulsivo por la desenvoltura y la descortesía. Hemos de pensar, sentir y obrar con delicadeza; delicadeza, noble voz que significa sensibilidad, rubor, decencia, cosas indispensables para que merezcamos y alcancemos el aprecio y cariño de nuestros semejantes.»



CAPITULO LV

DONDE SE DA Á CONOCER EL DESCONOCIDO Y CUENTA SU LAMENTABLE AVENTURA

«¿El dormir es material y vergonzoso, señor caballero?, preguntó Sancho. — Vergonzoso, de ninguna manera, respondió el bachiller, puesto que no traslitemos los términos señalados por la naturaleza; material, no estoy á un paso de creerlo. El sueño es una operación mixta en la cual tienen parte el alma y el cuerpo, ó por mejor decir, un acto en el cual uno y otro se despojan de sus atributos. El sueño es negación hermosa, ausencia llena de felicidad, si me comprendéis, amigo. — ¿Luego puedo dormir esta noche?, volvió Sancho á preguntar. — Ésta y las siguientes. Dormid los que no tenéis amores que os atormenten ni cavilaciones que os desvelen. — ¿Podría vuesa merced decirme, añadió el bachiller dirigiéndose al huésped desconocido, quién es vuesa merced, de dónde viene, adónde va y cuáles son los sucesos principales de su vida? Holgaría yo de entretener el tiempo con una sabrosa narración, de esas con que los pasajeros amenos suelen hacer dormir á los tontos y velar á los discretos. — Las cosas de mi vida, señor, respondió el huésped, son inenarrables; tanto hay en ella de triste y desdichado.» D. Quijote apoyó al bachiller, diciendo: «Nárrelas vuesa merced, con todo; y aún puede ser que del contarlas aquí se derive el remedio de su cuita. — Pues yo, señores, me llamo D. Pascual Osorio, de la

Castilla por mi madre. — Antes de pasar adelante, dijo el bachiller, dígame el Sr. D. Pascual Osorio de la Castilla por su madre, si es ó no hidalgo de devengar quinientos reales: lo debe de ser, supuesto que tiene el don. — Cuando era pobre, señor, respondió D. Pascual Osorio, yo no era nada; y lo fui hasta muy entrado en edad, de lo que estoy lejos de alabarme. Pero un día me vino Dios á ver, y desde entonces mi vida empezó á ser tan holgada como hasta entonces había sido estrecha. D. Pascual siempre me habían llamado mis conocidos; amigos no tiene el pobre. Han de saber vuestas mercedes que esto de la pobreza agua hasta las buenas aptitudes, por mucho que la Escritura hable bien de ella y muestre protegerla. Vuestas mercedes no sean pobres á ningún precio. Los bienes de fortuna me ennoblecieron, me rejuvenecieron, me conciliaron hasta gallardía. No solamente decían todos, sino también pensaban, que yo era hombre de altas prendas. Me casé con una niña de diez y ocho años. — ¿Y á vuesa merced cuántos le corrían hasta ese fausto acontecimiento?, preguntó el bachiller. — Frisaba yo en los sesenta y cuatro, señor: mas fuera de la peluca y un cierto ahogúo, no daba indicios de vejez; ¡qué, si me llevaba calle y media de un tirón, y me tenía como un cernícalo sobre un caballo! — Él sesenta y cuatro, repitió el bachiller, ella diez y ocho; buen surtido. ¿Lo pasaron de perlas, esto se cae por su peso? — Vivíamos, señor, tan sin género de pesadumbres, que éramos del todo felices. Activa, hacendosa, nada soberbia: ella á peinarse, ella á vestirse, ella en persona á todo. — *Mulier diligens corona est viro suo*, dijo el bachiller. D. Pascual Osorio prosiguió: «No dejaba traslucir sino un defectillo, es á saber, tal cual apego al dinero. Sé decir á vuestas mercedes que sus socaliñas eran mi embeleso: su amor nunca más vivo; ella nunca más seductora que cuando sus intenciones iban encaminadas á beneficiarme; hubiera yo querido ser mina de oro para darle gusto.

— «Mucho fas el dinero et mucho es de amar,
Al torpe face bueno et home de prestar.»

dijo el bachiller. Vuesa merced no tenía qué pedirle á la fortuna. — No me hubiera trocado con un cardenal, señor mío de mi alma. Era otra cosa el ver esas mejillas encendidas, esos ojos rasgados, negros, esa cabellera crespa y esponjada que le bañaba los hombros. Y me llamaba hermoso, ¡qué muchacha!

— «Sea un home nescio et feo hasta el orror,
Los dineros le fassen hermoso y sabidor.»

volvió á decir el bachiller. ¿Y qué tal de pasadía? — El mundo era para mí el bien supremo, respondió el viejo; todo placer, todo felicidad.

— «Si tovieres dineros habrás consolación:
Do son muchos dineros es mucha bendición.»

¿No hubo desabrimiento entre vuestas mercedes, amargura chica ni grande, mientras el señor de la Castilla tuvo llena la bolsa? — Me respetaba, señor, y me quería mi mujer como si yo hubiera sido el papa.

— «Yo vi en corte de Roma done es la Sanctidat,
Que todos al dinero fascen grant homildat;
Grant honra le fascían con grant solenidat;
Todos á él se homillaban como á la Magestat.»

respondió el bachiller. ¿Nada de celos? — ¿Celos, señor? Me adoraba la chiquilla.

— «Si le dió bebedizo ó algún adamar,
Mucho aína lo supo de su seso sacar.»

¿Nada de hijos? — Este es el punto de mi desventura, señor. El cielo oyó mis ruegos: ¡qué decir, cuando una noche me anuncia ella que se siente madre! — Vuesa merced quiere darme á entender que estaba preñada, dijo el bachiller. — Y ahora digo á vue-

sa merced, repuso D. Pascual, que llegó el día del alumbramiento y me nació un muchacho como un ángel. — Si no me equivoco, parió la señora, replicó el bachiller. Ahora bien, señor D. Pascual Osorio de la Castilla por su madre, ¿qué hay en esto de triste ni desventurado? — Todo cuanto hay es triste y desventurado, dijo D. Pascual. Quince días hubieron apenas transcurrido, cuando la madre verdadera de aquel bellaquín cargó con él, interviniendo la justicia. El embarazo, fingido; el parto, simulado; el niño, supuesto: ¡qué golpe, señor! — Bonita era la niña, dijo Sansón. ¿Ella sola había urdido la maraña? — Obra fué de una dueña, respondió D. Pascual. Este mismo demonio de vieja había traído poco antes á casa ciertas joyas de grandísimo precio, que yo no quise ni ver; mas la muchacha porfió que yo las había de ver, aun cuando no las compráramos, y esa mera curiosidad me costó un ojo de la cara.

— «Señora, dis, compradme aquestos almajares:
Dijo la dueña: Plazme, desque me los mostrares,»

tornó á decir el socarrón del bachiller. Se acomodaba de prendas para caso necesario.» D. Quijote se había dejado estar callado, con las orejas tan largas, durante esta relación: echando de ver á la luz de un candil una olla en un andamio, le pasó por la cabeza una extraña locura, y levantándose en camisa, tomó á cuatro dedos su contenido y se embarró cara, pescuezo, pecho, arcas y aun la parte posterior de las orejas. «Esto más tiene de bueno el unguento de Hipermea, dijo, que preserva de todo insulto y no da paso al acero, donde el bálsamo de Fierabrás no sirve sino para cerrar las heridas. Ahora estoy cierto de no recibir ninguna, por esforzado y mañero que sea el enemigo con quien me combata.» Diciendo esto, se volvió á su cama, en la que se tiró con gran crujir de tablas y huesos. El bachiller Sansón y D. Pascual Osorio estaban asombrados, y aunque el primero conociese bien á D. Quijote, se admiró mucho de este extremo de locura. Vió, oyó y calló; y después de algún silencio,

dijo al señor de la Castilla: «Su madre verdadera cargó con aquel jabato; ¿de la muy leal esposa de vuesa merced, qué fué? — Aún no se había desenredado la trama, respondió D. Pascual, cuando ya no había quien diese noticia de ella. Uno de esos descomulgados que tienen echada el alma atrás.... Vuesa merced me comprende.

— «Darte han dados plomados, perderás tus dineros;
Al tomar vienen prestos, á la lid tardineros,»

respondió el bachiller. Juro por la Santa Biblia y los setenta traductores, haceros vengado, siguiendo, persiguiendo, matando, volviendo á matar y escarmentando al malandrín que tal sinrazón ha hecho á tan honradas barbas cual muestra ser el señor de la Castilla. Sabed que soy D. Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acorrer á los necesitados, castigar á los desaforados, enderezar los tuertos y poner en orden el mundo. Para autentificar, en cierto modo, mi juramento, llamo y pongo de testigo á mi dulce amiga la sin par Dulcinea del Toboso.» Admirado estaba D. Pascual Osorio oyendo las resonantes cláusulas del falso D. Quijote, promesas de más ruido que solidez, cuando el verdadero alzó la voz y dijo: «Miente por la mitad de la barba el hideputa que dice ser D. Quijote de la Mancha. — ¿Luego es vuesa merced, respondió el bachiller, el atrevido que anda por esos mundos llamándose D. Quijote de la Mancha, en menoscabo de mi fortuna y para mengua de mi fama? Ya sé que ese cobarde caballero huyó de unos leoncitos y tuvo miedo á unos batancitos: ¡y esto llamándose D. Quijote! Pues el juramento que hice en pro del Sr. D. Pascual de la Castilla por su madre, lo convierto en mi propio beneficio y en contra del atrevido que osa tomar mi nombre y sustentarme barba á barba que él es el verdadero D. Quijote de la Mancha.» ¡Oh, santo cielo y cómo le crujieron los huesos á nuestro buen D. Quijote y le temblaron los músculos, de pura indignación y coraje! Llamó de felón, follón y mal nacido al usurpador de su personalidad, y

le retó á singular batalla. Concertáronse los dos aventureros en combatirse al día siguiente en uno de los patios del castillo, y pusieron por condición de la batalla que el vencedor sería el verdadero D. Quijote, y el vencido, despojado de ese famoso nombre, iría á meterse fraile.



CAPITULO LVI

DE LA NUNCA VISTA NI OÍDA BATALLA QUE DE PODER Á PODER SE DIERON
EL GENUINO Y EL FALSO D. QUIJOTE

Tío Peluca y sus aparceros no veían la hora de alejarse de loco tan peligroso; diéronse, por lo mismo, un madrugón, que cuando quería amanecer, ya ellos andaban á buen trecho de la venta. Ni era posible aguantar á la larga las cosas de D. Quijote, hombre que de las piedras sacaba agua de caballería. Los togados y el escribano, por su parte, hubieran perdido una oreja por no verse cara á cara con tan formidable enderezador de tuertos, y en confuso montón con los histriones y los osos se fueron de pie quebrado. Avínoles bien el haber cogido la alborada, porque D. Quijote amaneció ese día más loco que nunca, y Dios solamente sabe en qué laberintos y pependencias los hubiera metido. Vistióse el caballero, salió armado de punta en blanco, *undique munitus*, y llamó á la liza á su atrevido homónimo; pero éste se cerró en que no pelearía ni con el arcángel San Miguel, antes de haberse fortalecido con una buena refección; para lo cual mandó venir al alcaide del castillo, y le ordenó dispusiese un almuerzo como para Lúculo. «Desde luego, señor alcaide, vuesa merced será servido de abrir la comida con unos melones tajados en forma de media luna, encendidos como un ascua. — Los melones, señor, respondió el ventero, son tan bien agestados en estos territorios, que tienen color de aza-

frán *. La venta es una como capellanía, entre los artículos de cuya fundación consta el de que se han de dar á los pasajeros los mejores melones del mundo. — Soy contento de ese artículo de la capellanía, dijo el bachiller. No me parecerían mal unos melocotones que estuviesen echando gotas de almíbar, de puro maduros, y unas ciruelas negras y cristalinas como una hija de la Etiopía. Quanto á las peras, me contentaré con las mejores bergamotas de sus huertos, señor alcaide. — ¿Crudas ó cocidas?, preguntó el alcaide. — De uno y otro modo, respondió el bachiller, si es verdad que en la variedad está el deleite. Ahora, pues, hablando de los guisos, dispondrá vuesa merced se nos sirvan currucas migadas á una por barba. Gusto yo de comer aves, no solamente sabrosas cuando muertas, sino también bonitas cuando vivas. Mire vuesa merced cómo acuden á nuestras comarcas esos lindos pajarillos al rayar la primavera, y retozones y alegres se aposentan en jardines, alamedas y cañaverales, animándolo todo con su inquietud ruidosa é inocente. Currucas, pues, señor alcaide, curruquitas. — Las cojo en tal abundancia, respondió el alcaide, que tengo hasta para los arrieros. — ¿Eso hay?, replicó el bachiller: guárdese mucho vuesa merced de infestar mis manteles con semejante pájaro, y ponga en su lugar papafigo ó ficédula. Esta avecita se alimenta de uvas é higos maduros, de suerte que su cuerpo es una grasa de admirable suavidad y ligereza; la poesía, digamos así, de los convites, por no decir la poesía del estómago. Cuide vuesa merced asimismo de que no nos falten la alondra ni el hortelano, y mucho menos el pitirrojo. Tan enamorado como bello, este pajarito es por su desgracia la cosa más agradable del mundo, y paga con la vida la pena de sus buenas cualidades. Tiene la virtud de ser madrugador más que todas las avecitas menores; y así vuesa merced le oye en el jaral antes que rompa la aurora, y le está oyendo todavía al cerrar la noche. — A falta de pitirrojo, respondió el ventero, vuestas mercedes serán servidos de contentarse con un ja-

(*) En tiempo de D. Quijote, la comida se abría con frutas.

bato, que mis empleados lo aliñan como para la casa real; y donde no, ahí está el carnero, que en siendo gordo, no hay para con él currucas ni curruquitas. — No venga vuesa merced á embastecernos con esas carnes ordinarias, replicó el bachiller; pitirrojo ha de ser, ó prendo fuego al castillo. — Eso será, dijo el ventero; ni somos aquí tan para poco que no tengamos una varilla de virtudes. — *Virgula divina*, respondió el bachiller. ¿Piensa vuesa merced regalarnos con un banquete de Escotillo? Sepa el señor alcaide que mi antojo y necesidad no son de viento, sino de substancias reales, y que no es mi ánimo comer hoy á lo fantástico, sino muy á lo verdadero. — Se hará lo que se pueda, dijo el alcaide. ¿Cuáles han de ser los postres? — Gusto poco de lo dulce, y paso sin postres las más de las veces. Apadróneme vuesa merced los vinos de sus bodegas, que es lo que importa.»

A Sancho Panza le crecía el ojo al oír este festín. «Los postres, dijo, yo no los paso; si algo me gusta y me conviene á la salud, son los dulces.» D. Quijote entró aquí y dijo: «Pide cosas raras y admirables, Sancho, bocadillos regios y pastitas de los dioses; el señor alcaide no desea otra cosa que servirte. Cuando hayas sacado la tripa de mal año, sal un poco á tomar el aire y mira cómo preparas las monturas; que una vez concluída la batalla, nos partimos. Señor caballero, añadió dirigiéndose al bachiller, le cumple á vuesa merced vacar al empeño en que se ha puesto; y así le requiero y cito para la estacada, donde le serán servidas piezas no tan agradables como las que ha almorzado de memoria. — A la eternidad, respondió el bachiller, le importa poco una hora más ó menos de la vida de vuesa merced. Ponga vuesa merced que yo hubiese hecho mi desayuno, y téngase por muerto, siempre que se me presente su persona saneada, subsanada, lisa y pasadera en buen combate. — ¿Qué hay en mi persona que dificulte la batalla?, preguntó D. Quijote. — Hay que vuesa merced ha contravenido á las reglas de la caballería, haciéndose invulnerable con esa envidia cabalística que llama unguento de Hipermea. Los estatutos de las órde-

nes caballerescas dicen que el caballero no se ha de valer de sortilegios, amuletos, hechicerías, ni encantos que emboten las armas enemigas, y declaran caso de menos valer el presentarse con el prestigio de bálsamos, bebedizos, filtros, unguentos y más porquerías de que se sirven los malos caballeros. Destruya vuesa merced la virtud del óleo mágico con que se ungió y pulimentó anoche, y en condiciones iguales, de persona á persona, á pie ó á caballo, aquí estoy para que midamos nuestras armas.»

Dió el bachiller en la cabeza del clavo. Hallándose D. Quijote más que nadie al corriente de las leyes andantescas, vió que su adversario estaba en lo justo, y cuando se hubo lamentado media hora de su mala fortuna, le vino la marea de la cólera, y tronó y echó rayos, de modo de causar espanto. D. Quijote de la Mancha, propenso á las más nobles corazonadas é incapaz de bastardía, hubiera muerto primero que cometer un fraude. «Desventurado andante, le dijo el bachiller, la desesperación es afecto no menos doloroso que reprehensible. Tal es el deseo que tengo de pelear con vuesa merced, que yo mismo voy á levantar el entredicho que tan fuera de sí le ha puesto. Si vuesa merced posee el unguento de Hipermea, sepa que á mí me protege la sabia Linigobria, hija del soldán del Cairo, enemiga mortal de la dicha Hipermea; la cual Linigobria ha ideado una receta que desvirtúa y anula del todo el unguento desotra hábil mágica. — ¿Cuál es esa receta?, preguntó D. Quijote. Más tardará vuesa merced en dármela que yo en ponerla en ejecución. — Es muy sencilla, respondió el bachiller: toma vuesa merced un baño frío en ayunas, al tiempo que su escudero, al lado de vuesa merced, está repitiendo la oración de Santa Apolonia. Cuando vuesa merced está tiritando, se cambian los frenos: su escudero es quien toma el baño, y vuesa merced quien repite la oración. Vuelto por este medio á su vulnerabilidad primitiva, no habrá inconveniente para que hagamos la batalla.» No sabe el historiador qué género de elocuencia sirvió á D. Quijote para persuadir á Sancho, ni con qué ofertas nuevas le ganó la voluntad; el hecho es que,

habiéndole tomado aparte, le puso blando y condescendiente de manera que mientras el bachiller almorzaba como Dios quería, ellos se retiraron á un abrevadero tras la casa, y la receta de Linigobria tuvo su cumplimiento. Cuando D. Quijote de la Mancha dejó de estar impedido, el bachiller Sansón Carrasco salió como buen caballero, indagando por el señor del castillo, quien debería hacer de juez de la batalla. El alcaide respondió que el castellano andaba á caza de jabalíes por la sierra con sus monteros, y que, en su ausencia, él hacía de persona principal; que en orden al rey de armas y los farautes, no faltarían hidalgos de pro que se encargasen de esas figuras, pudiendo, en último caso, tocar él mismo á zafarrancho. «*Navis expeditio*, repuso el bachiller; *preparatio ad pugnam*. Pues manos á la obra, y rogad por el alma de este buen caballero.»

El corral de la venta fué señalado para la liza, donde á poco se vieron frente á frente los dos caballeros, á pie, sin testigos, á no ser el alcaide, D. Pascual Osorio de la Castilla y Sancho Panza. ¡Y quién podrá decir buenamente los tajos, reveses, mandobles y pasadas con que esos dos paladines hicieron resonar los montes! Le faltan palabras al historiador para referir lance por lance la batalla; y dice sólo que D. Quijote, el genuino D. Quijote, se vió á pique de perderla; y que en tan terrible conflicto se encomendó á la señora de sus pensamientos, y con fuerzas redobladas dió golpes tales que hubiera hecho temblar á Sacripante. Mala estrella debía de ser la de Sansón Carrasco, pues resbalándose en lo mejor, dió un gentil batacazo, y allí su enemigo á cortarle la cabeza. Cubriósele el corazón á D. Quijote al hallar otra vez en el caído al propio bachiller Sansón, á quien ya había vencido en vano, y llena el alma de amargura, dijo á su escudero: «Tan desdichado soy que he de perder con buenas cartas. ¿Qué barba, ¡oh Sancho!, qué narices son esas caídas allí á un lado?» El bachiller, que había visto las orejas del lobo, estaba haciendo de muerto con mucha gracia. En esta sazón acudió la ventera llamando de mal cristianos y desalmados á los que así consentían en que dos hombres se quitaran la vida, y ame-

nazando con dar á la Santa Hermandad aviso de la muerte que se había hecho en la venta. Llegóse al vencido, y tomándole un brazo, lo dejó caer, no sin que el difunto le hiciese del ojo. Siguió clamoreando la ventera y dijo al vencedor que se retrajese al vuelo en alguna montaña, si no quería ser aprehendido por los oficiales de la justicia. «Le he muerto en buena guerra,» respondió D. Quijote, y salió al patio, lleno de majestad y poderío. Alzóse el bachiller con mucha flema, diciendo: «Ahora puede el diablo cargar con este loco una y mil veces, que ya lo he sido yo demasiado en andarme tras él, por darle el juicio que á mí mismo me falta. Mal hayan el cura y el barbero que en semejante obra me han puesto, aprobando mi necedad é impulsándome por esta vía.» Luego se retrajo en el cuarto de la ventera, hasta cuando le fuese dable tomar su caballo y largarse á su casa, de donde era su ánimo no volver á salir un punto, aunque le comiesen los perros á D. Quijote. Sancho Panza, que todo lo había estado viendo, tenía el alma parada. Salió en busca de su amo; pero se guardó muy bien de poner en su conocimiento lo que acababa de ver, porque D. Quijote no volviese á las andadas. El juez de la batalla declaró buena la victoria, y dijo que la muerte había sido según todas las reglas andantescas. Mas cayendo sin advertirlo en su papel de ventero, pidió que á la cantidad justa se le añadiesen algunos cuartos para los alfileres de su mujer. Pagó D. Quijote como rey, y seguido de su criado, salió de la venta, sin detenerse á averiguar con el ventero cómo éste había perdido de la noche á la mañana su condición de alcaide del castillo.



CAPITULO LVII

DE LAS RAZONES QUE MEDIARON ENTRE D. QUIJOTE Y SU CRIADO, HASTA CUANDO AL PRIMERO SE LE OFRECIÓ HACER UNA AVENTURA MUY RIDÍCULA DE DOS NOTABLES SUCESOS ANTIGUOS.

La historia presenta aquí una laguna, pues no dice por dónde anduvieron ni lo que hicieron los dos héroes durante los quince días transcurridos desde su salida de la venta del Moro hasta cuando una tarde se asomaban por las goteras de una ciudad insigne del Guadalquivir. «¿Vuesa merced cree en conciencia, decía Sancho como venían asomándose por una ondulación del camino, que el caballero á quien mató en el castillo del señor de Montugtusa no resucitará jamás? — El día del juicio, respondió D. Quijote. El que se muere, se muere del todo y muy de veras: es lo único en que los hombres usan de buena fe. ¿Qué es lo que te mueve á hacerme esa pregunta? — Muéveme, señor, el haber visto yo con estos ojos, que se han de volver tierra, levantarse el bachiller bonitamente, sacudirse el polvo y desaparecer, cuando vuesa merced hubo salido al patio. — Mejor te ayude Dios, amigo Sancho Panza, dijo D. Quijote. — Se levantó, señor, y se fué, diciendo que si al loco de vuesa merced le cargaba el diablo mil veces, á él nada se le daría. — ¿Qué hay de reparable, replicó D. Quijote, en que ese caballero hubiese desaparecido? ¿No le viste que le protegía la sabia Linigobria, hija del soldán del Cairo, la cual habrá cargado con él por un medio maravilloso,